

La perseguidora y el conflicto trunco de Maynor X. Cruz

Henry A. Petrie



La perseguidora (Estelí, 2017), del joven escritor matagalpino Maynor Xavier Cruz, novela corta de doce capítulos publicada en formato de bolsillo.

Quien no esté al corriente de las nuevas tendencias en la narrativa, podría calificar esta obra como un cuento extenso, quizá acostumbrado a leer novelas superiores a las 120 páginas en un formato normal de libros, lo que comúnmente conocemos como 1/16. Su brevedad y modalidad de edición no la descalifican como novela, a juzgar del movimiento de su historia, el concurso de sus personajes, escenarios y la trama concebida.

De la posible discusión posterior

No es el propósito en esta ocasión, pero quizá, en la idea de un sano intercambio acerca de la novela en Nicaragua, hemos de preguntarnos: ¿Qué es la novela en la actualidad? ¿Una novela, en cuanto a extensión, debe ser como aquellas clásicas y tradicionales?

(*Crimen y castigo* –Dostoievski–, *El nombre de la rosa* –Eco–, *Cien años de soledad* –Gabo–, *La fiesta del chivo* –Vargas Llosa–, *La vieja sirena* –Sampedro–, *Castigo divino* –Ramírez–, *Túnica de lobos* –Espinoza–, entre muchas). ¿Cuáles son las características esenciales de la novela corta?

Desarrollo de historias entrelazadas. Escenarios. Personajes que actúan y se relacionan de formas diversas con sus particulares psicologías. Protagonismos y antagonismos. Realidad-ficción en efecto unitario, lineal o fragmentario. Estrategia y técnicas narrativas. Estructura. En fin, un conjunto de elementos que se toman en cuenta en la construcción novelísticas. Lo han dicho Milán Kundera, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, José Luis Sampedro, entre otros.

En la actualidad, la tecnología a gran escala y la expansión mediática incorporan a la vida mayor aceleración. ¿Esta realidad actúa en contra de la lectura detenida como lo hicieron los lectores de Boccaccio o Víctor Hugo? Lo que está claro, es que nuevas realidades y perspectivas se imponen; la literatura, que también es vida, se mueve y adapta.

El autor de *La perseguidora*, libro que me ocupa, es un joven estudioso de la literatura, un representante de este tiempo, donde muchos de sus generación y más jóvenes, gustan del planteo directo, de la historia concreta, porque la vida y el mundo están agitados y los acontecimientos ocurren –o se difunden– con velocidad, agolpándose. El vértigo social cunde y las historias cambian instantáneamente. De ahí que, la capacidad de síntesis sea fundamental. No hay lugar para el redondeo, el pajeo, las descripciones y explicaciones innecesarias.

La novela, al margen de lo conceptual y de los criterios respecto a su extensión, debe concentrar un movimiento determinado, uno o varios conflictos que desarrollar. La vida son historias, conflictos, que la literatura los relata en forma de novela, cuento, drama, e incluso, poema. Siempre hay una psiquis manifestada y en contradicciones, en sí y con relación al mundo exterior. Cada novela es un mundo en sí misma, ya contada en sesenta o novecientas páginas.

Sin embargo, el problema planteado al autor de novelas cortas, es el cabal desarrollo de su historia, en una medida espacial y temporal propicia para alcanzar solidez. La trama no solo debe explayarse en su cometido narratológico, sino también en su discurso y estética.

La historia a lo graduado, pero distinta

La novela tiene como escenario central la ciudad de León, donde se retrata la vida estudiantil universitaria con el lenguaje propio de los jóvenes, específicamente de la Preparatoria de la UNAN-León. Un joven becado originario de Sébaco, Matagalpa, narra su aventura, donde a ratos aparece la psicóloga Alicia. El ambiente cultural urbano y las convivencias juveniles fluctúan entre fiestas, café, droga, licor y sexo; interactúa también la intelectualidad leonesa y la representación de una clase social con cierto poder económico, conservadora y mojigata.



Los personajes de la obra *El graduado*, Benjamín Braddock y la señora Robinson, se retoman en circunstancias y argumento distinto. En *La perseguidora* sus personajes se lían como amantes porque se atraen y desean. En rol de la señora Robinson, Renata, una mujer 46 años de edad, casada, consumidora de sedante (Rivotril) y con una hija única universitaria. En el rol del graduado Benjamín, él, el joven universitario pronto a graduarse y que aparece sin nombre en la novela, de 23 años de edad, escritor y asiduo visitador de bares leones, participante sin falta de tantos encuentros etílicos de amigos.

La novela va directo a la acción, consecuente con su brevedad y precisión. Plantea de inicio un conflicto: «Esto de andar con una mujer casada es cosa seria» (p.9). Habían transcurrido once meses desde que conoció a Renata Palacios, convertida en su amante, «perdiéndose cada día por ella. En ella. Con ella» (p. 9), porque «En su espalda terminaba el cielo y empezaba el mar» (p. 20), ahogándose y muriendo.

La relación estuvo marcada por lo pasional y la conversación intelectual, rica en conversaciones acerca de libros y poetas nacionales (Gonzalo Rivas Novoa, Edwin Yllescas, Beltrán Morales y Juan Chow). Hasta que llegó el momento del giro inesperado e indeseado, cuando surge el verdadero conflicto de la trama novelística, que paso a exponer:

Josué, amigo del joven escritor amante, era el novio de Gema, hija de la amante mayor, Renata. En un par de ocasiones compartieron –sin que la joven se diera cuenta– la habitación y la misma cama, cada cual con su pareja. Una de esas noches, Gema encontró una fotografía de una espalda desnuda con un poema escrito guardada en un libro del amigo de su novio, al reconocerla, lo descubrió todo con su natural y consecuente reacción iracunda.

Luego, aparece Renata dolida, con el propósito de enterar lo ocurrido entre ella y su hija, a quien confesó su relación con el joven escritor. Este, sin embargo, ya estaba al tanto por su amigo Josué. Resultado: Renata y su hija viajan hacia Panamá al lado del jefe de familia.

Transcurrido un año, cuando el joven escritor se encontraba en labor periodística en el concierto de Juan Luis Guerra en la capital, la vio entre el público y esta, mediante mensajes de textos a su celular, le envió señales que demostraban el estado de suspensión de aquella historia, con la frase final: «Nos vemos pronto en León».

El conflicto trunco

Antes describí el conflicto que originó un doble rompimiento, el de Renata y el joven escritor universitario, y el de Gema –la hija– y Josué –el amigo del amante–. Aquí mi observación crítica a la obra.

Tomando en cuenta que el autor no desea extensiones más allá que la prevista en su historia, este pasaje importante y que determina el final, en virtud de desarrollar el conflicto llevándolo al máximo de la tensión, se queda en la referencia, en el supuesto que el lector será capaz de desentrañar lo que no se cuenta, aplicando la técnica del mini cuento.

En novela debe haber desarrollo por muy corta que sea, porque al fin de cuentas, es un relato de sucesos posibles o verosímiles en la historia que se narra; el conflicto es su sustancia dinámica, la que enriquece su movimiento y la lleva a su máxima realización. Observemos *La metamorfosis* de Franz Kafka, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *El perseguidor* de Julio Cortázar, entre otras.

Desde mi punto de vista, este episodio es somero, muy por encima, cuando en verdad debió dedicarse más a fondo, en tanto es el nudo desencadenante del conflicto esencial que desembocó en reacciones y decisiones terminantes de la aventura. El conflicto debe desentrañarse, por mucha brevedad que se pretenda. El arte no está en abandonarse a la simple referencia, sino en desarrollarlo con economía de palabras, como bien lo logra Cruz en el conjunto de la obra.

Hubo conmoción, dolor, decepción en Gema al descubrir la aventura de su madre. La hija única se solidarizó con su padre viajero e ignorante de las pasiones de su esposa. Se trata de una familia de clase social alta, cuya armonía –por interpretación lectora– está basada en la estabilidad matrimonial, aunque sus mentes estén abiertas a las actuales tendencias juveniles –caso de Gema–, como concebir las relaciones sexuales en el noviazgo.

Hay un componente moral y psicológico implicado en el conflicto. Ahí, entonces, la necesidad de desentrañarlo para que la historia cumpla con su trayectoria demarcada, para que las actuaciones de sus personajes se sustenten, máxime cuando entre los amantes existía un avance en la complementariedad, a pesar de todas las «razones equivocadas».

El joven autor promete

La perseguidora es la segunda novela de Maynor X. Cruz; *Palpitaciones* (2015) fue la primera publicada. Escritor de cuentos mínimos y breves. Su estilo está bien definido, mordaz y directo. Es, sin duda, uno de los narradores jóvenes más inquietos y prometedores, con una observación crítica de situaciones urbanas y de interiores familiares, en una época donde muchos conceptos de la vida y de la moralidad están variando, pese a la cruzada oscurantista que se desarrolla desde los centros de poder.

En su segunda novela afina su crítica social. León, la ciudad universitaria, como probablemente en todas las ciudades de Nicaragua, esconde historias que se gestan en el silencio o el secreto, sobre todo en las clases más pudientes o intelectualmente representativas. De ese caldo y de la vivencia estudiantil universitaria, se ha alimentado Maynor X. Cruz, el de las frases punzantes.

Managua, 7 de marzo del 2018.